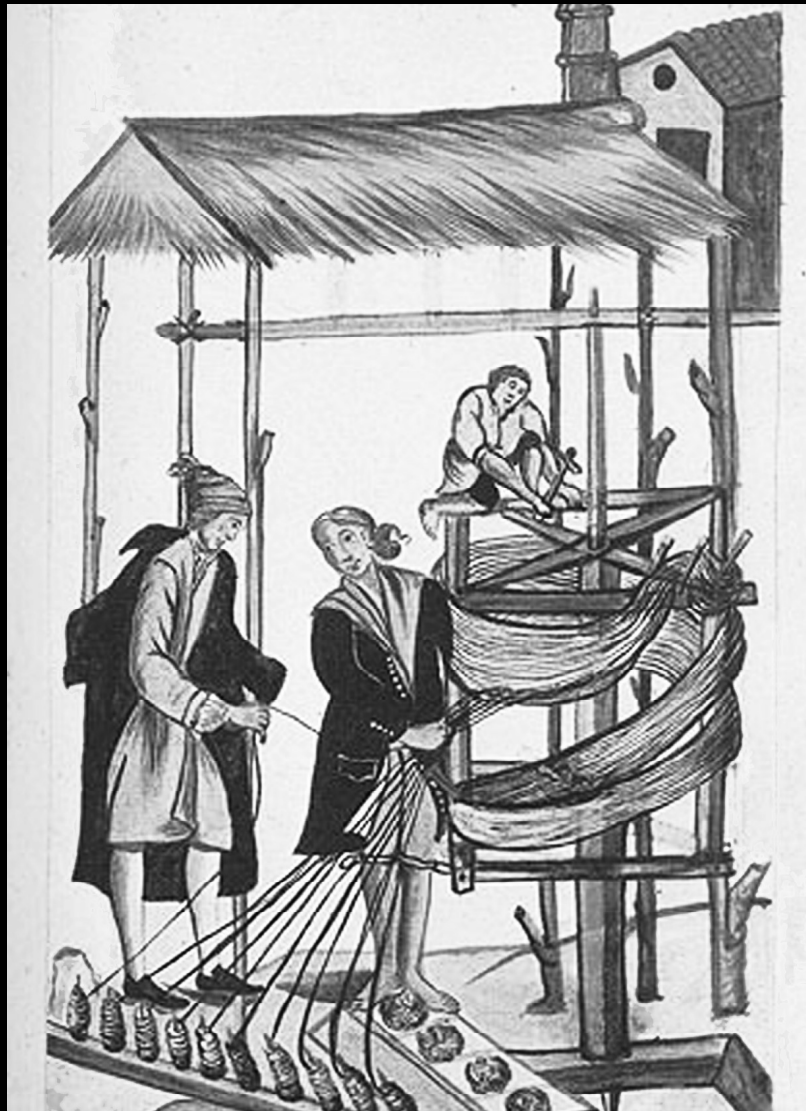


Los Obrajes

La arquitectura y la incipiente industria colonial



La historiografía de la arquitectura colonial no ha abordado aún tipologías y procesos edificatorios importantes de ese período, habiéndose centrado fundamentalmente en la producción religiosa y la doméstica, ambas usualmente correspondientes a los intereses de las élites gobernantes. En muchos casos también se ha tratado el tema sin tener en consideración las condiciones sociales y económicas en que estos procesos estuvieron inmersos. Por ello, en el presente artículo analizaremos una de las instituciones más importantes de la economía colonial: los obrajes, desde su proceso de configuración y su rol en el sistema económico colonial, para entender su rol productivo y, a partir de él, sus componentes físicos y su significación en la sociedad colonial.

*Carlos
Cosme*

La reorganización del territorio

Una de las primeras acciones que la administración española implementó en la región, luego de la conquista, fue la reorganización del territorio, así como la de los sistemas productivos y sociales con el fin principal, entre otros muchos, de permitir la adecuada administración del poder colonial. La estructuración territorial del imperio incaico había tenido como centro el Cusco, del cual partía el *Capac Ñan*: la red de caminos que comunicaban los cuatro suyos. El recorrido principal de esta red se desarrollaba por la parte alta de la cordillera de los Andes y desde él partían ramales que descendían a la costa o se internaban hacia las estribaciones de la selva. Este sistema permitía la comunicación de la capital con el resto de centros urbanos que los incas habían fundado en el conjunto de sus dominios para posibilitar su adecuado control.

Los conquistadores españoles plantearon una nueva orientación del territorio. Priorizaron la comunicación entre la sierra y la costa, siguiendo el curso de los ríos a través de las abras, de modo de posibilitar el transporte de los metales preciosos que constituyeron la base de la economía del período. La reestructuración colonial del territorio se planteó en función del mejor manejo de la producción y el tributo, ambos orientados también según las prioridades de la península. Esa reorganización tuvo como ejes dos sistemas fundamentales: las ciudades y las reducciones, que en su conjunto permitieron el control administrativo, político y militar de la población dominada. En el terreno de la economía, esta fue reorganizada para ser puesta al servicio de los conquistadores mediante la instauración de sus principales instituciones económicas: la encomienda, la hacienda y los repartimientos.

La encomienda

La encomienda fue el sistema fundamental de reorganización de la población y la producción que los españoles aplicaron en los territorios dominados, inmediatamente después del proceso de la conquista. Consistió en el encargo —o la encomienda— de un grupo de indígenas a un conquistador español, sobre la base de conceptuar que los nativos eran incapaces de asumir la responsabilidad de sus propios actos, por lo que los conquistadores debían «cuidar de su bienestar». En la práctica fue un sistema de dominación planteado para un eficiente aprovechamiento del tributo que debían entregar los indígenas a los conquistadores.

Los encomenderos accedían a tal beneficio por haber prestados servicios —de tipo diverso pero fundamentalmente militar— a la corona. En tal virtud, adquirían el derecho de disponer, tanto de los productos como de la mano de obra que los indígenas estaban obligados a aportar como tributo; a cambio, debían asegurar su mantenimiento y protección, así como su adoctrinamiento en la fe católica. De este modo, se utilizaba a los conquistados como fuente de obtención de riquezas, a la vez que se les integraba a las dinámicas sociales occidentales mediante la evangelización y la difusión de las formas de vida cristiana. La encomienda fue, entonces, la primera institución a través de la cual se extrajo excedente de los indígenas y la que hizo patente su explotación. Fue concebida, en teoría, como una mera forma de acopio de tributo para los españoles, pero se transformó en una forma de prestación de servicios personales, con el consiguiente sometimiento de la población indígena a lazos de dependencia personal compulsiva. La encomienda no implicaba la toma de posesión de tierras, sino la disposición del tributo y de la mano de obra de la población indígena pero, por añadidura, implicó el usufructo de las tierras que esta población habitaba.

El tributo fue entonces el principal mecanismo de dominación de los españoles sobre los nativos, mediado por la presencia de los curacas o caciques, jefes nativos locales que, a la llegada de los españoles, se convirtieron en agentes del nuevo poder a cambio de mantener una posición de privilegio económico y social. Ellos eran los encargados del acopio del tributo para luego entregarlo a los encomenderos, permitiéndoseles conservar una parte de éste. Jugaban un papel importante, pues sin su mediación el acopio no habría sido posible. Algunos llegaron incluso a enriquecerse a cambio de cumplir ese rol intermediario.

Es necesario señalar que el papel económico de la encomienda estuvo, desde su inicio, relacionado a un intento de aculturación de los pobladores nativos, es decir, de la pérdida de su manera de conceptuar el mundo y de establecer las formas específicas de

Foto pág.
opuesta:
Indios urdiendo
tela

relacionarse con él. Este era un punto importante en términos del sometimiento necesario de esta población a las formas de explotación impuestas por la conquista que, aunque nunca se logró de manera integral, sí implicó de manera importante la incorporación del catolicismo y de sus normas de vida y comportamiento.

La hacienda

Más que solamente un territorio productivo, la Hacienda fue un sistema muy importante en la economía tanto colonial como republicana del Perú.¹ En lo fundamental, eran empresas basadas en la acumulación de tierras, en el empleo de la mano de obra indígena en relaciones de servidumbre, en el copamiento de mercados para generar relaciones monopólicas, y en la coacción, por medio de fuerzas despóticas y extraeconómicas, para el sometimiento de la mano de obra productiva (Glave, 2005). Se las asumía como producto derivado de las encomiendas, aunque eso ha sido desestimado por algunas recientes investigaciones. Aun así es de resaltar que ambas tenían vínculos y diferencias. La encomienda fue la forma inicial de la explotación del trabajo indígena, liquidada luego por ser escenario de procesos y enfrentamientos. Se ha verificado que, en algunos lugares, ninguno de los propietarios de tierras era un encomendero o, en otros casos, los propietarios tenían encomiendas pero en lugares distintos a los de sus tierras. Aunque es posible que los medios económicos que ofrecía la encomienda hayan sido un factor importante en la conversión de los encomenderos en hacendados, sobre todo cuando fueron el eje del poder colonial en las ciudades.

Su constitución se llevó a cabo en el S. XVII, en el que aparece como una institución socio-económica nueva y compleja, que consolidó la propiedad privada de la tierra y reemplazó tanto a los métodos de producción comunales como a las iniciales granjerías o terrenos de cultivo de pequeña escala que crearon los españoles a su llegada. En su constitución jugó un papel importante el cambio en la percepción de la tierra como un bien productivo por parte de los funcionarios y comerciantes coloniales (que en muchos casos eran también encomenderos); así, la tierra pasó a ser vista también como una mercancía, por lo que la extensión de las haciendas parece tener como origen la posesión de una importante fortuna monetaria aunada al uso ilegal de las relaciones y servicios de la burocracia virreinal.

La hacienda se configuró a partir de un proceso lento de acaparamiento de tierras, llevado a cabo por distintos estamentos sociales durante el S. XVI. Estos sectores habrían sido principalmente tres:

- Nobles o funcionarios poderosos que obtuvieron tierras por sus méritos en la conquista, o por influencias personales.

- Instituciones religiosas que recibían «limosnas» de señores o autoridades.
- Funcionarios locales, pequeños comerciantes socialmente mestizos que, por vías legales o ilegales, se hacían de tierras.

El crecimiento de las haciendas tuvo su impulso en la demanda de productos agrarios, motivada por la expansión de la actividad minera y la decadencia de la producción agrícola campesina; asimismo, por la monetarización de la economía y, sobre todo, de la encomienda. Estos factores trajeron consigo el aprovechamiento del trabajo campesino como fuente de obtención de moneda. La actividad minera impulsó el crecimiento urbano, incrementando la demanda de medios de producción y de subsistencia que debían provenir de la producción interna. La venta de productos se convirtió en el motor de la economía de las haciendas, con lo que la tierra adquirió un importante valor mercantil, sobre todo porque los capitales fijos eran escasos, el fomento del mercado de bienes se convirtió entonces en el impulsor de la concentración de tierras y del cultivo de ciertas mercancías agrarias en el marco de nuevas relaciones de producción.

La acumulación empezó con la apropiación de las tierras aledañas a las áreas urbanas, continuó con las tierras cercanas a los caminos reales, los lugares de conjunción de rutas comerciales y las inmediaciones de los centros mineros para finalmente cubrir los llanos y quebradas cercanas a encomiendas o a comunidades suficientemente provistas de mano de obra y tierras productivas planas, de buena irrigación y alto potencial productivo.

El proceso de expansión territorial de las haciendas estuvo ligado también a la acumulación de quienes detentaban el capital mercantil. En muchos casos, los propietarios pedían préstamos, hipotecando sus tierras, para poner en marcha su ciclo agrícola, ampliar su capacidad de producción o incluso pagar deudas contraídas con anterioridad. Los proveedores de estos préstamos solían ser instituciones religiosas que recibían fondos de censos, capellanías y de redenciones hechas favor de ellas, o familias con gran capacidad económica. En la intención de estos préstamos estaba la posibilidad de la apropiación, por parte de los prestamistas, de los terrenos de quienes no podían pagar, aumentando de ese modo su propia capacidad mercantil. El resultado de esta acumulación fue la conformación de conglomerados de haciendas que permitían la complementación de la producción, minimizaban los riesgos al diversificarlos, evitaban el gasto monetario al hacer innecesario recurrir al mercado por su propia complementación productiva y, finalmente, permitían un mayor acceso a la mano de obra (Glave, 2005). El proceso paulatino de formación de conglomerados de haciendas favoreció la complementación de un conjunto de actividades

productivas, sobre todo de obrajes, cuyo surgimiento formó parte de la revaloración de las manufacturas en la economía colonial del s. XVIII.

Ciudades y reducciones

Las ciudades fueron los grandes centros urbanos en los que se establecieron los conquistadores a lo largo de todo el territorio. Su objetivo principal fue ser centros administrativos, políticos y militares. Se trazaron en base a esquemas renacentistas inspirados en las antiguas ciudades *hipodámicas* griegas y a los *castrum* romanos, organizadas en cuadrícula, con plaza central, en la que se localizaba la Iglesia y el Cabildo. A los vecinos —españoles «notables» por algún tipo de servicio a la corona— se les ubicaba en manzanas divididas en solares; estos mismos vecinos solían ser, a la vez, encomenderos a los que se les había asignado indígenas en dicha jurisdicción, lo que implicaba otorgarles también un solar para que edificase su casa y el derecho a formar parte del cabildo, con lo que adquiría acceso al control político, social y económico de la ciudad (Salas, 2009).

En términos generales, podemos hablar de reducciones como la creación, en el territorio andino, de asentamientos para la reubicación centralizada de los antiguos poblados indígenas dispersos en amplios sectores del territorio. Esta fue una política impulsada, en gran escala, por el Virrey Francisco de Toledo, quien gobernó el Perú entre 1569 y 1580. La medida pretendía ampliar y mejorar la administración de la mano de obra indígena, reutilizando el sistema andino original de la mita; así como también del cobro del tributo, además de posibilidades de control militar, religioso y político. Esta política significó la verdadera reestructuración del espacio andino, rompiendo con su organización basada en el control vertical de diversos pisos ecológicos. Además, los nuevos poblados fueron estructurados de acuerdo a los mismos modelos planteados para las ciudades. Este esquema occidentalizado tenía como finalidad, adicionalmente, garantizar el orden colonial sometiendo a la población nativa e intentando destruir sus referentes ideológicos con el pretexto de «moralizar sus costumbres, consideradas perjudiciales para la moral cristiana». Las reducciones fueron tan solo una de las medidas que Toledo implementó con el fin de ordenar la estructura de dominación de las colonias españolas.

Economía colonial e industria

La economía colonial no asumió como prioridad el desarrollo de la industria; los dos componentes para su implementación: la inversión y la mano de obra, no se encontraban disponibles en esas sociedades. La primera, por no ser la industria vista como una actividad altamente productiva por

parte de los españoles, asumiéndola más bien como un complemento de la producción de las haciendas; mientras la segunda, la mano de obra, se dedicaba fundamentalmente a otro tipo de labores productivas mejor consideradas por el poder colonial.

Durante el s. XVI, la principal fuente de productos manufacturados fue el comercio desde la península. Los productos traídos resultaban en su mayoría suficientes para el consumo de una población de alto nivel adquisitivo relativamente pequeña, constituida fundamentalmente por españoles de la península, por criollos y por una muy pequeña parte de mestizos, sectores poblacionales que, además, solían estar concentrados en los centros urbanos principales. Solamente una proporción menor de productos era objeto de autoabastecimiento, aquellos que resultaban demasiado caros por los precios del transporte y los de calidad menor, que no valía la pena traer desde lugares distantes.

Durante el s. XVII, en cambio, un conjunto de factores impulsaron el desarrollo de una incipiente industria manufacturera complementaria de las industrias extractivas —fundamentalmente la de metales preciosos— cuya actividad fue intensa desde los primeros momentos de la conquista. Estos factores fueron:

- Las dificultades para el transporte de productos manufacturados desde España. Luego de la derrota de la Armada Invencible por parte de Inglaterra en 1588, se produjo un debilitamiento del poderío marítimo español. Esta debilidad motivó que los viajes de la flota española se realizaran bajo el régimen de galeones: convoyes de barcos que partían de un mismo puerto —usualmente Santo Domingo— y, viajando en grupo llegaban también a un puerto único —sobre todo Cádiz—. Este sistema permitió la navegación en un mar infestado de peligros, pero motivó una reducción en el número de viajes, llegando a ser incluso uno anual (Rosa, José María, s/f).
- El desequilibrio económico que produjo la abundancia de oro en España. Esta abundancia produjo una alteración de los precios de los productos manufacturados, elevándolos mucho. El oro perdió poder adquisitivo frente a las manufacturas, siendo además que éste se concentraba en pocas manos y la necesidad de manufacturas era general. La interpretación que los economistas de aquella época le dieron a esta situación fue que el encarecimiento era producto de las exportaciones hacia América, lo que les llevó a proponer su disminución.

Estos factores impulsaron, aunque de manera no intencional, un intento de autoabastecimiento. Así se propició la elaboración de productos de origen agrario y/o ganadero, como alimentos procesa-

dos (caso de las conservas azucaradas), bebidas alcohólicas o cigarros; artículos de uso, como prendas de vestir sencillas y telas simples o zapatos burdos, lo mismo que ceras, monturas y otros objetos de cuero, cerámica, etc., a los que se sumaban también materiales para la construcción, como vidrio o azulejos. Sin dejar de mencionar también algunos objetos finos, como los de platería o los de imaginería y los que, por su dimensión o peso, resultaban imposibles de traer desde España. Así tenemos los de fundición: cañones, campanas, rejas o fuentes. Para la elaboración de estos productos se dispuso de dos sistemas: Uno artesanal y, otro, más propiamente de transformación industrial, constituido por los obrajes.

La producción artesanal se llevó a cabo organizada en gremios al modo medieval europeo. Este sistema fue el más importante; en las grandes capitales de los virreinos, como Lima o México, su número llegó a más de cien. Estos gremios tenían regulados sus sistemas productivos, su forma de trabajo y el control de la calidad de sus productos mediante ordenanzas de los cabildos. Estaban regidos frecuentemente por maestros españoles pero contaban con ayudantes mestizos, indígenas e incluso negros. En el caso de los plateros y de los orífices, los cuales utilizaban metales preciosos, ellos sí debían demostrar limpieza de sangre española.

Los obrajes

Los obrajes fueron una institución económica original que los españoles no trajeron de Europa; su objetivo principal fue el abastecimiento de algunos productos destinados a satisfacer las necesidades locales que, por razones diversas, no podían ser traídos desde la metrópoli. La mayor parte de esa producción estuvo constituida por textiles sencillos y de bajo costo para la elaboración de vestimenta y cobijo de mestizos e indígenas, quienes por sus limitadas condiciones económicas no podían adquirir las manufacturas importadas; pero en otros casos sirvieron para la producción de vidrio, pólvora, cabuya, pitas, sombreros, lozas y otros. Su sistema organizativo permitió el aprovechamiento de la mano de obra indígena habituada a sistemas colectivos de producción, como la mita,² constituyéndose en un mecanismo efectivo de sobreexplotación de la población nativa. Se instaló en todo el territorio del virreinato y funcionó desde mediados del siglo XVI hasta avanzado el siglo XVIII.

Historia: los orígenes

Los obrajes abarcaron diversas ramas productivas, pero la más significativa y numerosa fue, sin duda, la producción textil; por eso su aparición estuvo ligada a la política económica que la corona

desarrolló para los textiles peninsulares y europeos en general.

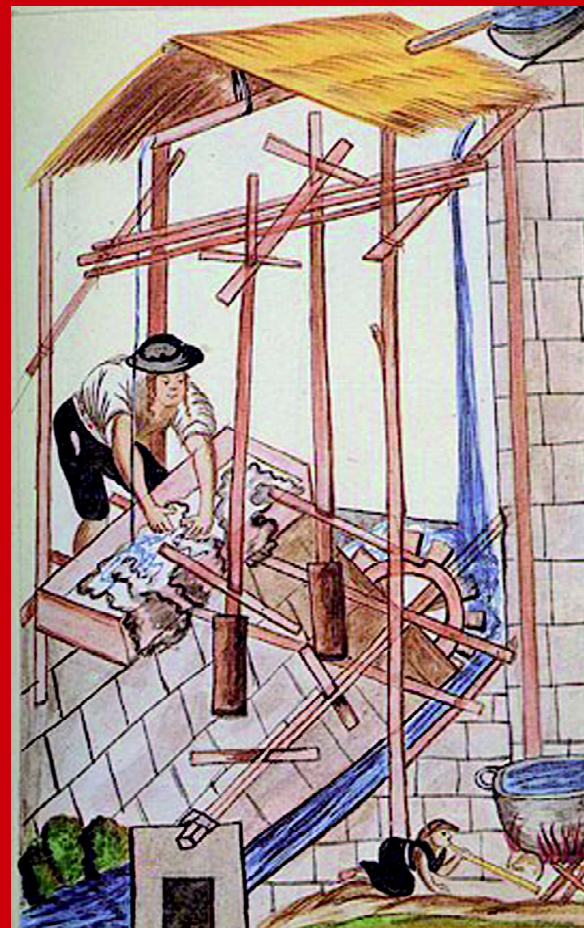
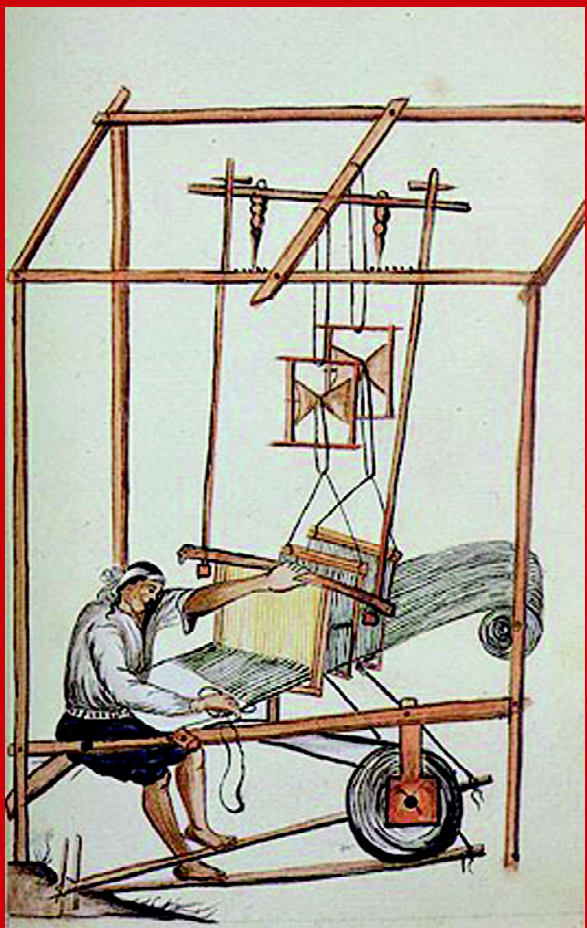
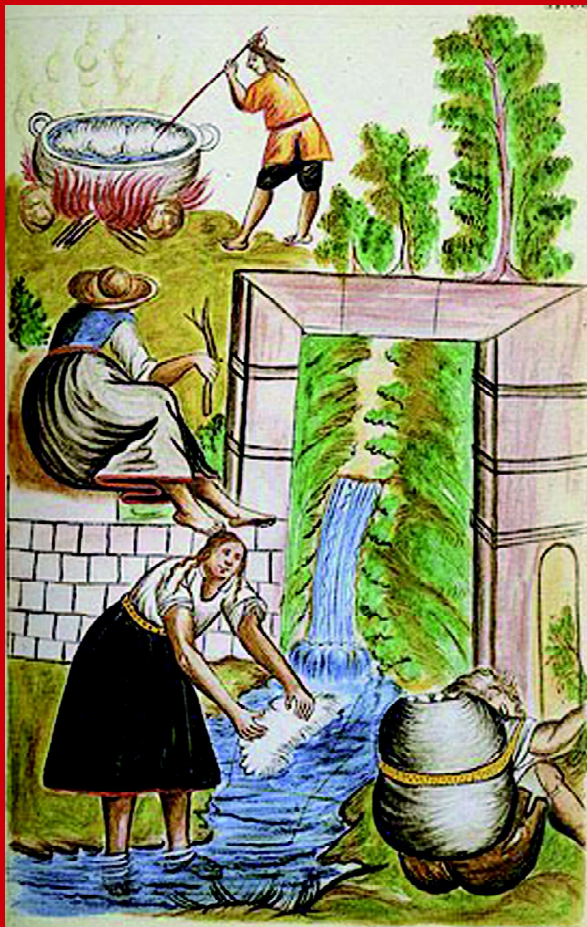
La conquista de nuestro territorio se produjo mientras el imperio español era gobernado por Carlos I, heredero de los reinos de Castilla, Aragón, León, Navarra y el territorio de las Antillas, convertido luego en emperador de Alemania. Durante los primeros años de la conquista, Castilla había hegemonizado la colonización del Nuevo Mundo, marginando incluso a los aragoneses de esa potestad. A la muerte de Isabel de Castilla, el rey Fernando asumió en la práctica que la mitad del nuevo territorio le correspondía a Aragón; luego Carlos I puso fin a esa exclusividad, ampliando oficialmente en 1520 los territorios a flamencos, alemanes y genoveses, aun antes de que los catalanes de Aragón participaran del comercio con América.

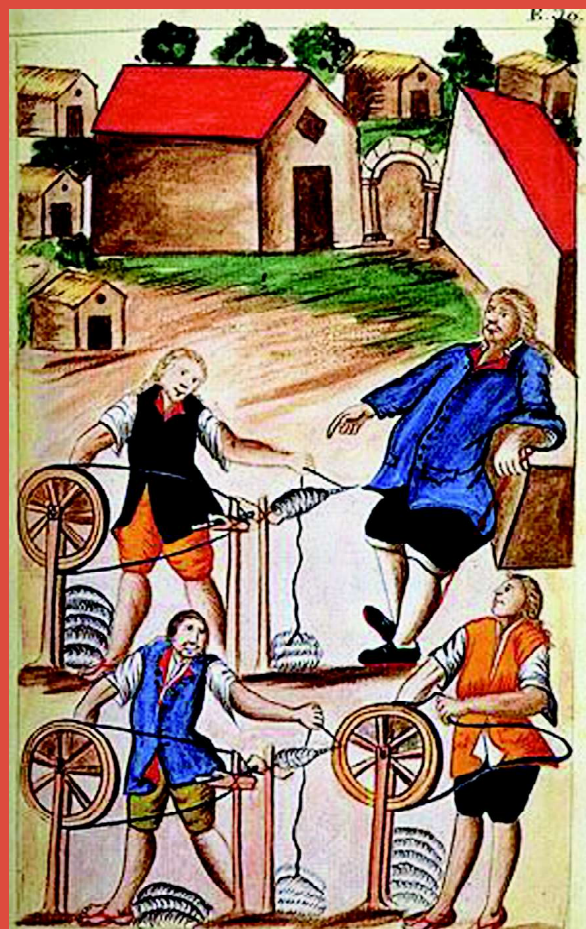
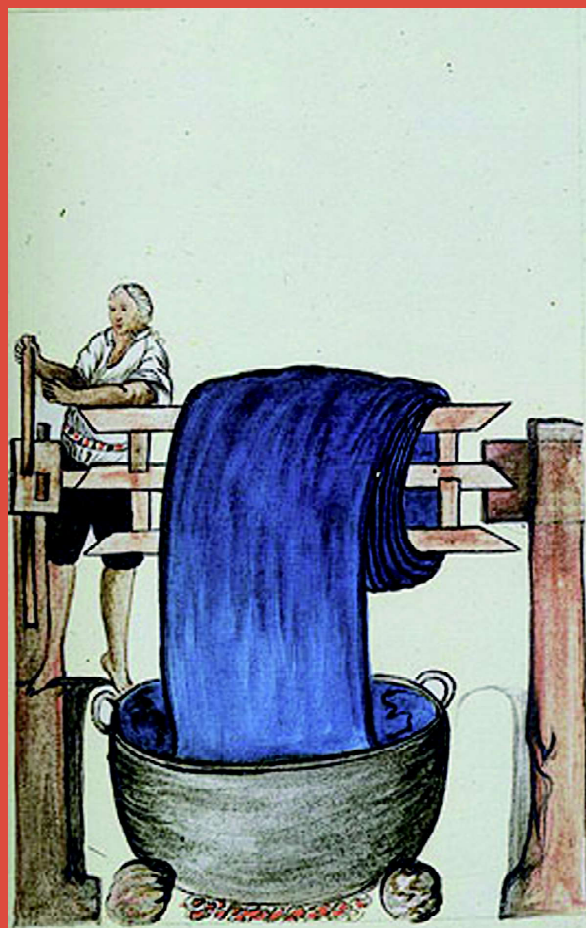
Los metales preciosos procedentes de América trastocaron el panorama económico de la península y de Europa en general. Promovieron la bonanza española, pero también el desarrollo industrial de otros países, como Inglaterra, que participaron de la riqueza mediante la venta de productos manufacturados a España. Carlos I tomó la decisión, algo singular, de prohibir la producción de textiles a pesar de la larga tradición textil que España tenía desde la edad media; así, dejaron de producir paños, viados, vureles, sayales y fusas (Salas, 2009). La decisión provino del propósito de enfrenar el alza de precios y de salarios que se produjo en la península por la llegada de metales preciosos de América, aunada a la demanda americana de productos manufacturados. Con esa medida, Carlos I pretendió beneficiar a los productores de los Países Bajos recientemente incorporados al Imperio; además, intentó favorecer a los productores de lana merino,³ quienes se habían convertido en importantes prestamistas de la corona. Finalmente, la medida procuró encarecer las manufacturas finas y, de ese modo, impedir su uso por personas de baja condición.

La pérdida de la capacidad española de exportar textiles a América se selló con la autorización, en 1548, por parte de las Cortes de Valladolid, a la importación de tejidos extranjeros y la prohibición de exportación de tejidos españoles. Esas medidas buscaron impulsar a las colonias a abastecerse a sí mismas de textiles, con la consiguiente reducción de los precios de esos productos en España.

Esas condiciones peninsulares propiciaron el surgimiento de incipientes industrias textiles en el territorio americano. Por otro lado, también hubo un conjunto de condiciones internas que impulsaron la producción local y dinamizaron el comercio: la necesidad de obtener mayor beneficio de la mano de obra, a disposición de los encomenderos, la exigencia del aprovechamiento de la lana de oveja, que había sido introducida por los españoles, y,

DIVERSAS ACTIVIDADES TEXTILES





Ilustraciones de esta y la página anterior tomadas del libro *Truxillo del Perú* de Baltazar Jaime Martínez Compañón.

sobre todo, la exigencia de dar respuesta a la demanda generada por el trabajo de los nativos en las minas, que les impedía el autoabastecimiento tanto de alimentos, como de vestidos y telas de abrigo. Los obrajes textiles surgieron entonces para producir sayales, cordellates, bayetas, pañetes y frazadas, todos caracterizados por su sencillez y simplicidad, aunque se elaboraban en lugares de larga tradición de fina producción textil. Esta característica tuvo quizá que ver con un intento de propiciar la aculturación de la población indígena, pretendiendo que olvidase la gran calidad de su antigua producción (Salas, 2009).

Los primeros obrajes fueron fundados alrededor de 1545; eran como pequeñas fábricas estructuradas para una producción masiva. En mayo de 1552, apenas un poco más de dos años después de la fundación de la ciudad de La Paz, Juan de Rivas y Hernando Chirino fueron autorizados, por el Cabildo de la ciudad, a fundar obrajes textiles, merced a la autorización que le había conferido el Rey Carlos V.

El gran progreso de los obrajes se alcanzó debido a la larga tradición textil de su población, además por contar con muchos insumos propios (algodón, lana de camélidos, etc.) y por la rápida adaptación de insumos de otras latitudes (ganado ovino, cáñamo, añil, etc.) y, sobre todo, por la sobreexplotación de la mano de obra indígena. Los indígenas asignados al encomendero debían permanecer un semestre trabajando en el obraje; la comunidad los alimentaba, los curaba, los reponía si se enfermaban, recibiendo a cambio, en la mayoría de los casos, solo lo necesario para poder pagar su tributo, e incluso menos que eso. Por el bajo nivel del salario, menor que el tributo que los trabajadores debían pagar a la corona e incluso por el usual incumplimiento del pago, los trabajadores quedaban muchas veces trabajando permanentemente en los obrajes, ayudados en muchos casos por sus mujeres e hijos, sin percibir salarios.

Las regiones escogidas para la ubicación de los primeros obrajes fueron la región quechua y la puna, pero preferentemente la primera; las razones de la elección de esa zona fueron varias. Por un lado, la zona quechua, ubicada a aproximadamente 3,300 msnm, ofrecía un conjunto de recursos, entre los que encontramos los agrícolas, para la alimentación y para el intercambio con lanas de las zonas más altas, además, ganado para el propio aprovisionamiento de lana; esa zona contaba también con una gran concentración de población indígena con una larga y fina tradición textil. Otra razón fue la posibilidad de acceder a corrientes y caídas de agua, imprescindibles para proveer a la población trabajadora y, además, movilizar el *batán*: herramienta necesaria para el procesamiento de los textiles. La puna fue ocupada por ser una zona de

gran concentración de auquénidos y, en general, de ganado proveedor de lana.

Las unidades arquitectónicas del período

Los obrajes se ubicaban usualmente en zonas despobladas en la jurisdicción de la encomienda, de ese modo se podía contar con terreno disponible; debían además establecerse cerca de un río o una caída de agua para el impulso del batán. En varios casos, como en Huamanga, Ancash y Huánuco, la localización del obraje fue el elemento generador de un poblado. Las instalaciones eran edificadas por los propios indígenas encomendados, a modo de tributo, los que actuaban siempre con intermediación de los caciques o curacas. Las edificaciones se amurallaban para impedir que los indígenas huyeran para ir a trabajar sus tierras.

Las características arquitectónicas de estos primeros obrajes estuvieron definidas por la necesidad de dar cobijo a un grupo grande de trabajadores; por esa razón, los recintos en los que se procesaba el producto eran ubicados como unidades independientes, organizadas alrededor de patios e interrelacionadas a través de ellos. Este sistema de distribución era el mismo que correspondía a la vivienda solariega⁴, e incluso a los claustros monacales. Las habitaciones no contaban con ventanas hacia el exterior, desde el cual solo podía apreciarse el alto portón del ingreso que comunicaba a un zaguán. En él se ubicaba el espacio para el control del establecimiento que, a la vez, en la mayoría de los casos, era la vivienda del mayordomo —en algunos casos este era el propio curaca—. En los patios, las actividades de los operarios obrajeros se organizaban de manera secuencial: primero la oficina-vivienda del mayordomo; luego, la habitación para seleccionadores y lavadores de lana; a continuación, la correspondiente a los cardadores, quienes desapelmazaban la lana para facilitar el hilado; en la siguiente, se torcían los hilos tanto en husos andinos como en tornos europeos; a continuación, se ubicaban las urdideras, donde se alineaba los hilos para colocarlos en los telares⁵, en los cuales se elaboraba las telas que luego serían abatanadas y colgadas en perchas en las habitaciones que seguían. Al final de la secuencia se ubicaba el almacén, donde se depositaba el producto terminado (Salas, 2009).

El elemento más importante del obraje era el *batán*: máquina compuesta de gruesos mazos de madera ajustados a un eje que, unido a unas ruedas de piedra, servía para golpear, desengrasar y darle a los paños de lana el cuerpo correspondiente. Era movido por una corriente de agua, lo mismo que un molino.

Es de remarcar que las habitaciones funcionaban, durante la jornada de trabajo, como talleres; en

otros momentos, como comedores y, en las noches, como dormitorios e incluso como servicios higiénicos, causando agudos problemas de insalubridad que fueron motivo de proliferación de enfermedades endémicas, parasitarias y de toda índole, convirtiéndose, frecuentemente en causa de muerte de los trabajadores (Salas, 2009).

El período posterior a 1570

Las condiciones variaron luego de la abdicación de Carlos I y la asunción del poder de su hijo Felipe II. La política de Felipe pretendió reflotar la textilera española, para lo cual era necesario poner freno a la producción americana, orientando claramente su actividad económica a la producción minera. Esto suponía la eliminación de los encomenderos, para lo cual la corona expidió reales cédulas que ordenaban la clausura de los obrajes, prohibiendo el trabajo de los naturales en ellos. Como justificación, se señalaron los abusos que cometían los encomenderos. Los objetivos de Felipe no llegaron a cumplirse; España no logró el reflote de su industria textil ni la desaparición de los obrajes; por el contrario, en algunos momentos la producción obrajera creció.

El gran artifice de la implementación de las políticas de Felipe II en el virreinato del Perú fue el virrey Francisco de Toledo. Llegó al Perú en 1569 y, a partir de 1570, consolidó la administración colonial, llevando a cabo un proyecto de reorganización social y espacial muy ambicioso –probablemente el mayor del imperio–. La administración del virrey don Francisco de Toledo replanteó por completo el espacio andino; consolidó el aparato burocrático; impulsó la afirmación de la autoridad de la Corona, con acciones como la derrota de los incas del Cusco y Vilcabamba; limitó el poder de los encomenderos; impulsó la mita minera y nombró autoridades indígenas para promover la reorganización de las comunidades indígenas (Coello, 2006). Su llegada se produjo contemporáneamente a la de la orden jesuita (1568), abanderada de la contrarreforma y la evangelización en este territorio.

El eje de la política de Toledo fue el impulso a la actividad minera, a la que se orientó la mayor parte de la mano de obra indígena a través de la mita. El virrey dictó un conjunto de medidas que pretendieron impedir el desarrollo de los obrajes, propiciando su cierre sobre todo en la región norte. La justificación fue casi siempre el conjunto de abusos que los encomenderos cometían, pero la obrajería se mantuvo en el resto del territorio por ser una de las actividades más rentables, dada la demanda que las minas tenían de una variedad de productos manufacturados, en especial textiles. De este modo, el aumento de la actividad minera estuvo siempre en relación al aumento de la actividad obrajera. En los lugares en los que los enco-

menderos fueron obligados a cerrar sus obrajes aparecieron otros; algunos regentados por la iglesia, como el caso de La Colpa y Ninabamba en Ayacucho. Estos formaron parte del complejo económico regional de los jesuitas, en la actual provincia de La Mar, para cuyo funcionamiento los jesuitas dispusieron de mano de obra esclava y de presos sentenciados por los tribunales (Urrutia, 1997). Hubo también algunos regentados por curacas, e incluso algunos comunales, los cuales tenían derecho a funcionar si eran dirigidos por un administrador español, quien recibía un porcentaje de lo obtenido por la producción. Fue común también que algunos encomenderos reabrieran obrajes en otras localidades, incluso como una forma de evadir el pago a los trabajadores. Así, Antonio de Oré, importantísimo encomendero de la zona de Huamanga, quien había fundado el obraje de Canaria hacia 1570, lo cerró, luego de una década de trabajo. Había acumulado una deuda de seis mil pesos impagos (Salas, 2009), fundando más tarde otro en Chincheros, en el mismo valle (Urrutia, 1997).

Las injusticias de los obrajes

La justificación general de las normas en contra de los obrajes fue el conjunto de abusos que los encomenderos cometían en contra de los indígenas. Sobre sus horrores hay numerosos testimonios, no sólo de indios, sino incluso de criollos y hasta de españoles. Citaremos el del criollo limeño Juan de Padilla, alcalde del crimen de la Real Audiencia, quien el 20 de julio de 1657 firmó un Memorial de los trabajos, agravios e injusticias que padecen los indios del Perú, documento válido para toda la época de la dominación colonial:

«(Y) traen a los obrajes a los muchachos de cinco años para arriba, y dánles a hilar lana, y a éstos y los de más edad, si al entregar la tarea no está bien hilada, los matan a azotes, y tienen señalados verdugos para esto... Tienen unos que llaman guatacos, que en la lengua general de los indios quiere decir los que amarran o prenden, y que son de ordinario mestizos, que sirven para coger a los indios que faltan o huyen, y los traen amarrados a los obrajes donde los meten en cepos, grillos y prisiones... (y) si el indio que buscan no aparece, llevan esos guatacos al padre por el hijo, a la mujer por el marido, o a su pariente o vecino más cercano. «(Y) aprovechanse y fuerzan a las mujeres, principalmente a las hijas, y a veces con consentimiento de los padres, porque les excusen de llevar a los obrajes. (Y) róbanles lo que tienen... Tienen en los obrajes pulperías y tiendas públicas, y como los indios (reciben ingenuamente) lo que le dan de fiado, dánsele a excesivo precio, y estando dispuesto por ordenanzas de

este reino que no se puede fiar a indios arriba de diez o doce patacones, hay indios que están empeñados en ciento, doscientos, quinientos y hasta más pesos, con que son perpetuos esclavos de los obrajes, porque es imposible que puedan pagar... (Y) pasan los indios estos agravios sin esperanza de remedio».

Los líderes indios reclamaron siempre la abolición de la mita; así, en la guerra de Túpac Amaru, una de las primeras acciones revolucionarias fue el incendio y arrasamiento de los obrajes, con liberación de los mitayos que allí se encontraban.

En un expediente, cuyo cuerpo principal está formado por un escrito del fiscal Juan de Luján, dirigido al presidente José de Araujo, el fiscal, que detentó el cargo de protector de indios de Quito entre 1728 y 1743, denuncia la situación de los indios señalando los siguientes abusos:

- El pago a los indios no en dinero sino en productos, cuyo precio y tipo fijaban los amos.
- La provocación intencional del endeudamiento de los indios y la conversión de las deudas personales en mancomunadas.
- La compra o recibo de deudores que devengasen la deuda con su salario.
- El cierre de las puertas de los obrajes y su vigilancia permanente.
- El castigo físico de los empleados y el mantenimiento de cárceles y prisiones en ellos para escarmiento e impedimento de la huida de los indios.
- El mantenimiento de guatacos, o recogedores, que obligaban el retorno de los indios que huían.
- La negación de alimento o su escaso aprovisionamiento a los indios, lo mismo que la tardía o nula asistencia médica a los indios retenidos.
- El descuido del adoctrinamiento de los indios, y, por último:
- La queja contra la justicia que sentenciaba a algunos indígenas a servir en los obrajes.

A estas denuncias se añade que los indios de los obrajes pasaban hambre porque solo les daban al mes un peso de socorro, e incluso a los muy adeudados no se les daba nada. Esto, aunado a «la 'propensión' de los indígenas al vicio de la embriaguez», hacía que ellos careciesen de alimento la mayor parte del tiempo; además, el hambre les impulsaba a la comisión de muchos latrocinios en la ciudad con el fin de procurarse alimento, lo que provocaba que algunos vecinos les dieran como limosna comestibles para su mantención. El fiscal también denuncia que los indios eran arrojados a «horrorosas cárceles y estrechas prisiones» localizadas en los propios obrajes, más crueles aún que las de las cárceles públicas. Señala finalmente que los indios morían frecuentemente por desnutrición y porque si se enfermaban no eran atendidos, ni



Los obrajes

ellos conducidos a los hospitales, hasta estar moribundos, aduciendo que eran en general propensos al engaño.

José de Andrade y Zárate, uno de los declarantes del informe, destaca que los indios preferían verse muertos que encerrados en los obrajes. Los obrajeros impedían la huida de los indios manteniendo cerradas las puertas de los mismos, vigiladas por porteros mestizos o mulatos «de mala condición y peor conciencia». En el interior de los recintos había, según la denuncia, calabozos, cepos, cormas y grillos, que en múltiples ocasiones lesionaban irremediablemente la salud de los presos, causando parálisis y otras limitaciones. Los que lograban huir, a pesar de estos cuidados, eran perseguidos por los recogedores y devueltos a los obrajes con mucha violencia (Ramos, 1997).

Batán, sistema de paletas movido por un mecanismo hidráulico para golpear y ablandar las telas. Era el elemento característico de los obrajes.

La función carcelaria

De modo simbólico, los obrajes eran considerados como una galera o una cárcel, pero en la realidad también cumplieron este último rol, pues se convirtieron en lugares donde enviaban facinerosos; es decir, fueron destinados también a la función de centros de castigo. El registro de la Visita de 1623 al obraje de Sebastián Chirinos en La Paz consigna la presencia de varios indios trabajando

con grillos en los pies. Uno de ellos dice estar preso por una deuda de sesenta pesos a un español, pero que había pagado ya su deuda. Otro declara estar condenado a seis años de servicio por haber asesinado a su mujer, pero dice también haber cumplido su condena un año atrás (Money, 1983).

Las variaciones en la estructura arquitectónica

Las medidas toledanas implicaron un conjunto de variaciones en la estructura arquitectónica de los obrajes. Se incorporó una casa para el administrador español, a fin de protegerlo de los posibles ataques de los movimientos indígenas. La construcción siguió estando a cargo de los trabajadores, pero ya bajo un régimen de contrato y salario —que no necesariamente significaba cumplimiento—. Implicó también, en varios casos, la incorporación de calabozos para encerrar a los trabajadores que cumplían condena allí.

Mary Money, nos entrega la descripción de un obraje de este período, ubicado en la ciudad de La Paz: el obraje de Nuestra Señora de La Paz. Estaba ubicado en Saillamilla, a media legua de la ciudad. El terreno fue entregado en 1564 al propietario Juan de Rivas y, en 1570, se recompuso el lugar.

El obraje estaba compuesto por varios «galpones»⁶ de uno o dos pisos, según la zona de la edificación, encerrados por gruesos muros de adobe, con patios interiores y corredores con techos soportados por arcos del mismo material; en ellos se ubicaba tornos para el hilado. El acceso se hacía a través de grandes puertas de madera. Alrededor de él se habían ubicado «caserías» para los naturales que aportaban la mano de obra.

Las actividades productivas se desarrollaban en *quartos*. El *quarto lavadero* era el lugar donde se lavaba la lana; en él se halló 70 arrobas de lana limpia; en el *quarto de la prensa* las bayetas eran procesadas en planchas de metal. En este caso había 2 tornos de prensar, 12 planchas adicionales y 10 piezas de bayeta teñidas. Otra repartición era nombrada la *pieza de hilandería*, con 60 tornos de hilar, con husos de fierro y cigüeñales. Contaba con 22 telares ubicados en el *galpón de la tejeduría*, pero también había otros telares dispuestos en otros galpones. El batán, el elemento distintivo del obraje, se hallaba en el llamado *quarto del batán*, en donde se desengrasaba las telas golpeándolas con paletas de madera en agua caliente, por lo que en la habitación se hallaban dos peroles grandes de metal para el hervido del agua. Un conjunto de habitaciones también estaba destinado a servir de almacenes; en este caso, se halló dos principales: el *quarto de almacén* y el *almacén de altos*; pero en otras dependencias había depósitos secundarios, destinados incluso al almacenamiento de alimentos.

Una habitación estaba dedicada al dormitorio del mayordomo, amoblada con una cuja y una caja, y decorada con lienzos; en ella se halló también grillos para aprisionar a los indígenas. Otros dos dormitorios tenían también cujas y, en el segundo nivel, la vivienda de altos servía de comedor para los propietarios y mayordomos (Money, 1983).

El período posterior a 1660

A mediados del s. XVII se dio inicio a una crisis en la actividad minera del territorio, la cual se prolongó hasta mediados del s. XVIII. La producción de plata del Potosí descendió grandemente. La consecuencia fue, en contra de lo que podría haberse esperado, el incremento de la producción textil nativa. Ello, debido a que la crisis exigió la disminución de la importación de manufacturas de la península y revalorizó los productos nativos, revirtiendo la tendencia del debilitamiento de los obrajes. Este período también supuso el debilitamiento del control de la corona sobre las empresas textiles, por lo que estas se afianzaron paulatinamente (Salas, 2009).

Salas registra 300 a fines del s. XVII en el Perú y 117 en Quito, a la par que otros autores registran aumentos en el número de ellos en La Paz, Otavalo y Chile. Pero, para entonces, el sistema de encomiendas ya había perdido vigencia y no podía aprovecharse la mano de obra de los mitayos, por lo que la propiedad de los obrajes pasó a manos de burócratas recién llegados de España, a la Iglesia o a la propia corona. También Los corregidores aprovecharon las prerrogativas de sus cargos para montar obrajes y tener ingresos extras.

La decadencia de la encomienda dio paso al sistema de yanaconaje, es decir, trabajadores que rompían con sus comunidades y se establecían de manera permanente en el obraje, el mismo que pasaba a ser su hogar y su pueblo. Ese es el caso más común de obrajes que dieron lugar a asentamientos permanentes.

Las nuevas estructuras arquitectónicas

En este período, las transformaciones físicas fueron importantes. El número de patios creció⁷, pasando el primero a cumplir la función de casa hacienda, en tanto que el segundo era el patio del tareador, por ser el lugar donde el mayordomo distribuía las tareas del obraje, aunque el resto del patio servía para la localización de cardadores e hilanderos. El resto de los patios agregados era usado como talleres, dado que había aumentado significativamente el número de telares. En este período fueron anexados a los obrajes las viviendas de los yanaconas y los terrenos necesarios para el cultivo y el aprovisionamiento de alimentos, pues las comunidades ya no participaban en el abastecimiento de esos productos y se buscaba no propiciar el desembolso monetario. También fueron anexadas

capillas para el adoctrinamiento de los trabajadores, lo cual modificó las dinámicas sociales, incorporando, por ejemplo, la celebración de las fiestas patronales, que dejaron de ser comunales para devenir en pueblerinas (Salas, 2009).

Los chorrillos

El decaimiento de los obrajes, en la segunda mitad del s. XVIII, propició el desarrollo de los chorrillos, que buscaron llenar el espacio productivo que estos dejaban. Los chorrillos eran también empresas textiles, pero de menor envergadura y que, en algunos casos, realizaba únicamente una fase de la producción. Podían vender sus productos o contratar un obraje para completar las fases que no cubrían.

Su instalación no implicaba una gran inversión, por lo que sus propietarios eran diversos: españoles, mestizos, caciques o curacas indígenas, e incluso comunidades. No tenían un diseño homogéneo; podían ser simplemente cuartos donde se llevaba a cabo el hilado, el cardado, el tejido o alguna de esas actividades. Su característica principal era que carecían de batán. Podían ser una actividad complementaria de algunas haciendas pequeñas, como una actividad doméstica y con pocos empleados ubicados en zonas rurales, o también una actividad complementaria a la vivienda, cuando se ubicaba en zonas urbanas; en este caso, era regentado muchas veces por mujeres y, en la actividad, participaba toda la familia.

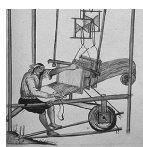
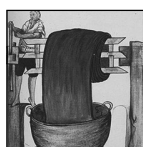
El decaimiento de los obrajes

A lo largo de los siglos que duró la dominación española, los obrajes variaron su estructura y sus características en relación con su rol en la economía colonial, pero la constante de su funcionamiento fue la dureza de las condiciones de vida de los traba-

jadores en ellos. En 1664, el virrey Diego de Benavides y de la Cueva dio una ordenanza con el fin de reducir las malas condiciones de vida. En 1711, la corona los suprimió, pero, a pesar de la prohibición, funcionaron hasta inicios de la república. El sistema de obrajes fue odiado por los indígenas, por lo que diversos levantamientos —como el de Túpac Amaru— propiciaron el ataque y quema de los edificios.

Entre fines del s. XVIII e inicios del XIX, los obrajes entraron en decadencia y fueron real-

mente clausurados, no tanto por la protección de los trabajadores sino por la competencia de los textiles europeos —sobre todo los ingleses— que, por su grado de industrialización, resultaban más económicos. También es importante considerar su carácter simbólico, como representantes del poder español y de los abusos cometidos contra los indígenas por parte de los dominadores españoles; de ese modo, fueron representantes del abuso, la explotación y la muerte. ■



Notas

- 1 Fueron unidades básicas de la economía nacional hasta 1969.
- 2 La mita era la obligación de trabajar por turnos en las tierras del inca, en labores artesanales y en obras públicas.
- 3 Producto proveniente de un cruce de ovejas de Castilla con las importadas por los Benimerines del norte de África
- 4 Tipología de vivienda de la clase alta en la colonia, llamada así por corresponder a un solar, cuyo origen se remonta a la domus romana.
- 5 En los obrajes se utilizaban ya los telares a pedal traídos por los españoles.
- 6 Habitaciones construidas de adobe.
- 7 Se registra hasta cinco patios en el caso de los obrajes de Huamanga.

Bibliografía

- COELLO DE LA ROSA, Alexandre. *Espacios de exclusión, espacios de poder. El Cercado de Lima colonial (1568-1606)*. IEP-PUCP. Lima. 2006
- GLAVE, Luis Miguel. *Compendio Histórico del Perú*, Editorial Milla Batres, Tomo 4, *Economía y sociedad en el virreinato. Panorama de la economía colonial, siglos XVII - XVIII*. Lima, 2005.
- MONEY, Mary. *Los obrajes, el traje y el comercio de ropa en la Audiencia de Charcas*. Instituto de Estudios Bolivianos. Facultad de Humanidades UMSA. Publicación auspiciada por la Embajada de España en Bolivia. La Paz, 1983.
- PÁUCAR MAXIMILIANO, Niger Arturo. *Los incas en la colonia: Mentalidad, modo de vida e interacción social. Huánuco 1574-1729*. Tesis digitales UNMSM.
- SALAS OLIVARI, Miriam «Manufacturas y precios en el Perú colonial, la producción textil y el mercado interno, siglo XVI y XVII». Contreras, Carlos (editor). *Compendio de historia económica del Perú*. Lima: BCRP – IEP. Vol. 2: 447-538. 2009.
- RAMOS GÓMEZ, Luis. Algunos datos sobre los abusos e injusticias padecidas en 1737 por los indios de los obrajes de la ciudad de Quito. En *Revista Española de Antropología Americana*. 27. Servicio de Publicaciones de la UCM. Madrid, 1997.
- URRUTIA, Jaime. *Huamanga, Región e Historia, 1536-1770*; Ayacucho, Universidad San Cristóbal de Huamanga. 1985.